

SÓFOCLES

**EDIPO
REY**

Introducción y versión rítmica de
Manuel Fernández-Galiano



AUSTRAL

 Planeta

PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN

EDIPO, *hijo de Layo, rey de Tebas.*

SACERDOTE *de Zeus.*

CREONTE, *hermano de Yocasta.*

TIRESIAS, *adivino tebano.*

YOCASTA, *esposa y madre de Edipo.*

MENSAJERO *que viene de Corinto.*

SIERVO *de la corte de Edipo.*

MENSAJERO *que sale del palacio.*

CORO DE ANCIANOS TEBANOS.

PERSONAJES MUDOS:

ANTÍGONA E ISMENE, *hijas de Edipo y Yocasta.*

SUPPLICANTES *de diversas edades.*

LAZARILLO DE TIRESIAS.

SEGUIDORES Y SIERVOS DE EDIPO Y YOCASTA.

PROBABLE REPARTO ENTRE ACTORES:

PROTAGONISTA: EDIPO.

DEUTERAGONISTA: SACERDOTE, YOCASTA, SIERVO, MENSAJERO DEL PALACIO.

TRITAGONISTA: CREONTE, TIRESIAS, MENSAJERO DE CORINTO.



La escena representa la fachada del palacio de Edipo en Tebas. Aparece un grupo de ciudadanos de las más variadas edades llevando ramos de olivo coronados de lana en son de súplica y presididos por un sacerdote. Van sentándose todos en el suelo o en los escalones del palacio. Se abre la puerta y sale Edipo con su séquito, que le acompañará durante toda la obra.

EDIPO

Hijos, nuevo linaje del Cadmo de otros tiempos,
¿por qué estáis ante mí de ese modo sentados,
llevando en vuestras manos suplicantes ramajes?
La ciudad está llena de incienso y juntamente
resuenan los peanes y gemidos en ella. 5
Yo no quise, hijos míos, conocer lo que ocurre
por boca de otros nuncios y así vine yo mismo,
aquel que tienen todos por Edipo el ilustre.

Al sacerdote.

Expílicate tú, anciano, pues a ti corresponde
hablar en nombre de éstos. ¿Cuáles son vuestras cuitas? 10
¿Teméis o queréis algo? Pues yo dispuesto estoy
a ayudaros en todo; que sería insensible
si de vuestra aflicción no me compadeciese.



SACERDOTE

Pues aquí nos ves, Edipo, de mi tierra señor,
qué variadas edades tenemos los que estamos 15
al pie de tus altares: los unos aún no pueden
volar lejos, y hay otros pesados por la edad
como yo, sacerdote de Zeus, al que circundan
los mozos escogidos; y el pueblo con coronas
espera en los dos templos de Palas y en la plaza 20
o junto a la ceniza profética de Ismeno.
Pues, como sabes tú, la ciudad sufre un grave
temporal y no puede mantener su cabeza
encima del oleaje mortífero; sucumbe
en los cálices fértiles del campo, en los rebaños 25
de pacedores bueyes, y ya no dan sus frutos
al parir las mujeres. Una enemiga diosa,
la peste, nos ataca con sus dardos de fuego
y la casa cadmea se nos queda vacía
y el negro Hades lamentos y quejas atesora. 30
Mas ni yo ni estos mozos junto al altar estamos
sentados por pensar que a los dioses te iguales,
sino porque creemos que nadie te supera
frente a los avatares diarios y divinas
coyunturas. Tú a Tebas viniste y nos libraste 35
del diezmo que pagábamos a la dura cantora
sin que avisos debieras a nadie ni lecciones,
mas se dice y se piensa que fue con el auxilio
de un dios como pudiste levantar nuestras vidas.
Y así ahora, cabeza de Edipo poderosa 40
para todos, rogámoste, vueltos a ti, que busques
un medio de salvarnos, bien porque un dios te inspire
con su voz o tal vez algún consejo humano;
pues veo que lo usual es que en el hombre experto
florezcan más que en otros las rectas decisiones. 45
¡Ea, tú, el más querido, nuestra ciudad endereza!
¡Y mira por ti mismo! Que ahora el país te llama



liberador a causa de tu celo de otrora;
 pero que no se acuerde de tu mando como algo
 salvador al principio que nos dejó caer luego. 50
 No, sino a la ciudad su firmeza devuelve;
 y así como con buen agüero la fortuna
 antaño nos trajiste, sé ahora el mismo que entonces.
 Si dueño de esta tierra quieres ser, como lo eres,
 mejor es gobernarla con hombres que sin ellos; 55
 nada vale una torre ni nave si no resta
 en ellas nadie ya que defienda o tripule.

EDIPO

Yo conozco, no ignoro, pobres hijos, aquellos
 males que me pedís que alivie. Sé que todos
 sufrís, mas, aun sufriendo, de vosotros ninguno 60
 padece como yo. Pues no puede alcanzar
 vuestra tribulación sino a cada hombre en sí,
 a cada uno y no más, mientras mi alma solloza
 por ti y por mí a la vez y por la ciudad entera.
 Así no me tuvisteis que despertar del sueño, 65
 mas sabed que son muchas mis lágrimas vertidas,
 muchas las vueltas dadas por mi angustiada mente.
 Y he recurrido al único remedio que encontraba
 reflexionando bien: a Creonte, mi cuñado,
 hijo de Meneceo, mandé al santuario pítico 70
 de Febo a preguntar qué es lo que hacer yo debo
 o tengo que decir para salvar a Tebas.
 Por cierto que calculo los días transcurridos
 y me inquieta el que hará, porque no es ya explicable
 el retraso que lleva sobre el debido tiempo. 75
 Y, cuando vuelva, entonces yo un malvado sería
 si no cumpliera aquello que Apolo nos indique.

Algunos de los suplicantes señalan el lateral por el que se acerca Creonte coronado de laurel.





SACERDOTE

A punto estás hablando, que éstos precisamente señalan que Creonte viene ya hacia nosotros.

EDIPO

Viendo su aspecto.

¡Ojalá aporte, Apolo soberano, un destino tan feliz como el aire radiante con que llega!

SACERDOTE

Por lo visto trae buenas nuevas, pues no vendría, sino, con la cabeza de laurel coronada.

Llega Creonte y se detiene ante Edipo.

EDIPO

Pronto hemos de saberlo: ya podemos oírle. Señor, cuñado mío, ¿cómo son las noticias, hijo de Meneceo, que envía el dios contigo?

85

CREONTE

Buenas. Porque yo afirmo que hasta lo más difícil puede resultar bien si al final se endereza.

EDIPO

Pero ¿qué es lo que ha dicho? Tu relato hasta ahora ni me induce a esperanza ni me causa aprensión.

90

CREONTE

Haciendo gesto de entrar en el palacio.

Presto estoy a contar aquí o dentro si quieres escuchar sin que nadie conozca mis palabras.

47





EDIPO

Puedes hablar aquí; pues mi dolor por ellos
es mayor que el que pueda sentir por mi persona.

CREONTE

Digo ya lo que oí de la boca divina. 95
El soberano Febo nos manda expresamente
expulsar al miasma que cría esta ciudad
y no dejar que crezca para hacerse incurable.

EDIPO

¿Cómo nos lavaremos? ¿En qué consiste el caso?

CREONTE

Echando al criminal o bien expiando el crimen 100
con otro: es esa sangre la que inunda esta tierra.

EDIPO

Pero ¿quién es el hombre cuya muerte denuncia?

CREONTE

En tiempos, ¡oh, señor!, cuando tú aún no reinabas
aquí, un tal Layo fue de esta ciudad el jefe.

EDIPO

De oídas le conozco, pues no le vi jamás. 105

CREONTE

Pereció; y ahora manda claramente que sea
vengado en los que muerte le dieron con sus manos.

EDIPO

Pero ¿dónde estarán? ¿Cómo podrá rastrearse
la tan incierta huella de un antiguo delito?





CREONTE

Dice que en esta tierra. Lo buscado aparece; 110
solamente se escapa lo que a nadie interesa.

EDIPO

¿Fue en casa o fue en el campo donde Layo cayó
víctima de este crimen? ¿O ocurrió en tierra extraña?

CREONTE

Marchó cual peregrino, según decía, y nunca 115
a la ciudad volvió después de su partida.

EDIPO

¿Y no hubo alguien que fuera compañero de viaje
o quizá un mensajero que algo contar pudiese?

CREONTE

Murieron todos menos uno que huyó asustado
y sólo un pormenor narró con certidumbre.

EDIPO

¿Cuál? Una única cosa nos llevaría a muchas 120
si un hilo de esperanza pudiéramos coger.

CREONTE

Dijo que no fue muerto por una mano aislada,
mas por varios bandidos que al paso le salieron.

EDIPO

¿Y cómo esos malvados a tanto se atrevían 125
a no ser que de aquí dinero se les diese?

CREONTE

Tal pareció; mas, muerto Layo, no hubo ya nadie
que le vengara en medio de tal calamidad.





EDIPO

¿Qué mal pudo impedir, caído de aquel modo
el rey, que por completo lo ocurrido supierais?

CREONTE

La Esfinge con sus cantos pérfidos nos forzaba 130
a descuidar lo oscuro para afrontar lo urgente.

EDIPO

Yo sacaré a la luz todo desde el principio,
pues dignos de ello sois Febo y tú, que mostrasteis
esa solicitud por la suerte del muerto.
Justo es, pues, que veáis también en mí un aliado 135
que al país juntamente y al dios honrar desea.
Pues no se trata ya de un amigo remoto,
mas quiero de mí mismo yo apartar esta mancha.
Quizás el asesino de aquél, fuere quien fuere,
busque también a mí matarme de igual golpe; 140
y así, ayudando a Layo, defiendo mi persona.
Dejad vuestros asientos, hijos míos, al punto,
llevaos estos ramos con los que suplicabais
y que aquí al pueblo entero de Cadmo se convoque
sabiendo que yo haré cuanto en mí poder se halle 145
para que con el dios triunfemos o caigamos.

Entra en el palacio y Creonte se va a su casa.

SACERDOTE

Levantémonos, hijos, que él nos promete aquello
tras lo cual aquí todos hemos venido ahora.
¡Febo, que estos oráculos nos ha enviado, venga
a ser salvador nuestro y a acabar con la peste! 150

Se van. Llega el coro.



CORO

Dulce palabra de Zeus, ¿qué nos traes de Pitón la opulenta en oro hasta nuestra ilustre Tebas? Pues tensa, espantada está mi alma; el terror la sacude, dios de Delos, ¡oh, dios sanador!, y con sacro temor se pregunta qué nuevo mandato darás o [qué rito para años futuros impones. Dime, Palabra inmortal que naciste de la áurea Esperanza. 156

A ti invoco primera, retoño de Zeus, inmortal Atenea, y a tu hermana, mi señora, Artemis, dueña del trono redondo que luce en la plaza, y a ti, Febo, también, el arquero. Mostraos los tres como dioses patronos. Si alguna vez antes, [cuando una desdicha al país se acercaba, apartasteis de aquí las hogueras del mal, también hoy socorrednos. 166

¡Ay, que incontables dolores soporto! Sufre mi pueblo todo él y no hay arma en el ánimo que permita defensa. Ni crecen los frutos de la tierra opulenta ni vienen los hijos que el dolor de las mujeres naciendo compensen. Les verás que uno tras otro cual pájaros rápidos, más veloces que el fuego indomable, se lanzan hacia el dios de Occidente. 170 175

Infinitos son en la ciudad los muertos; yacen boca abajo y no hay piedad para ellos, porque llevan la muerte consigo. Por doquier sus mujeres y madres canosas 180



*al pie de las aras acuden gimiendo
y suplican
alivio a sus tristes dolores. 185*
*Brilla el peán
y respóndele el eco de lúgubres voces,
¡Mándanos, hija dorada de Zeus,
tu bienhechor auxilio!*

Que Ares el impetuoso, 190
*quien ahora sin escudos
de bronce nos ataca entre fogosos clamores,
vuelva su espalda y corra dejando nuestra patria,
sumérgase en el grande
tálamo de Anfitrite 195*
*o en las olas de Tracia carentes
de abrigados puertos.
Pues, si algo dejó la noche,
el día lo remata.*

¡Zeus padre, que blandes 200
*los potentes relámpagos
portadores de fuego, fulmínenle tus rayos!*

*Yo querría, dios Liceo,
que de la áurea cuerda
de tu arco curvo partan invencibles los dardos 205*
*tendidos en mi ayuda y con ellos las ardientes
teas con que recorre
los lícios montes Ártemis.*

*Y al de mitra dorada yo llamo,
el que dio a esta tierra 210*
*su nombre, Baco, al que invoca
el eube, el compañero
de las ménades. ¡Venga
con su antorcha luciente
contra el dios a quien ni los propios dioses honran! 215*



EDIPO

Que ha salido a tiempo para oír
parte del canto; hablando desde la
puerta.

Suplicas; y tus súplicas, si quieres mis palabras
escuchar y acoger y a la plaga hacer frente,
recibirán ayuda y alivio de las penas.
Esto lo digo yo, que ajeno a estos relatos
estoy y a lo pasado; rastrear, pues, con éxito 220
me sería imposible, porque no tengo indicios.
Mas como ciudadano, si bien de última hornada,
a todos los Cadmeos anuncio lo siguiente:
«Cualquiera de vosotros que sepa qué persona
fue el autor de la muerte de Layo, hijo de Lábdaco, 225
a éste ordeno que todo me lo revele a mí.
Si acaso tiene miedo, con discreción libérese
él mismo de su culpa; porque no ha de ocurrirle
nada malo y se irá de este país inmune.
Y no calle si sabe que es otro el asesino, 230
tal vez un forastero, pues yo le pagaré
su precio y quedará reconocido encima.
Mas si, en cambio, no habláis y alguno desatiende
esta orden porque tema por sí o por otro amigo,
vais a oír lo que haré con quien así proceda. 235
Yo prohíbo que a este hombre, sea quien sea, nadie
de esta tierra en que soy el rey y ocupo el trono
le reciba en su hogar ni hable con él ni nunca
participe con él en la oración divina
ni en sacrificio alguno ni le dé aguas lustrales, 240
sino todos le expulsen de sus casas, que es mancha
común para nosotros, según ahora mismo
el oráculo pítico del dios nos ha indicado.
Y esto pido a los dioses para quien no obedezca:
que no nazcan ya nunca mieses en sus campiñas 245



ni hijos de sus esposas, mas perezcan con suerte
 como la que hoy sufrimos u otra peor aun que ésta.
 Todo ello yo os ordeno que hagáis en homenaje
 tanto a mí como al dios y a esta tierra que muere
 sin cosecha en sus campos, sin dioses que le ayuden.» 250

Se acerca más al coro.

Pero, aunque intervención divina no existiera,
 no estaba bien que tal impureza admitieseis
 habiendo muerto así quien fue rey cual ninguno.
 Investigar debisteis, pero ya que yo estoy
 ocupando el poder que él tuvo en otros tiempos 255
 con su lecho y la esposa que también descendencia
 le dio y que pudo haber tenido a la vez hijos
 con ambos si no hubiera su linaje abortado,
 pues sobre su cabeza fue el destino a abatirse,
 voy a luchar por él cual si mi padre fuera 260
 y recurriré a todos los medios en mi búsqueda
 del culpable del crimen cometido en aquel
 que, nacido de Lábdaco, sangre de Polidoro
 llevó y del viejo Cadmo y el vetusto Agenor.
 Tales son mis palabras como auxiliar de Febo 265
 y también de aquel hombre que fue muerto; yo pido
 que el asesino, tanto si el clandestino crimen
 ha cometido solo como con otros cómplices,
 malamente su vida desdichada consuma;
 y, si llega tal vez a habitar en mi casa 270
 sabiendo yo quién es, pido para mí mismo
 las penas que para otros de desear acabo.
 Y, en cambio, los demás Cadmeos que me apoyen,
 tengan a la Justicia por aliada y a todos
 los dioses para siempre como guías y amigos. 275





CORIFE0

Puesto que me conjuras, tengo que hablar, señor:
no le maté ni puedo mostrar al criminal.
Era propio de Febo, que envía su respuesta,
resolver la cuestión de quién fue aquel que lo hizo.

EDIPO

Es cierto, pero el hombre jamás puede obligar 280
a los dioses a aquello que realizar no quieren.

CORIFE0

Una segunda cosa que pienso te diría.

EDIPO

Aunque sea tercera, no dejes de explicarte.

CORIFE0

Sé que Tiresias es, pues son ambos augustos,
quien mejor ve las cosas como Febo: podrías 285
saberlo muy bien todo, señor, si le consultas.

EDIPO

Ni tampoco inactivo me mostré en ese punto:
al hablarme Creonte de ello, dos mensajeros
envié; y ya me extraña que tanto se demore.

CORIFE0

Lo demás sólo son vaguedades y chismes. 290

EDIPO

¿Qué es ello? Pues no hay nada que examinar no quiera.

CORIFE0

Se dijo que su muerte fue obra de unos viajeros.





EDIPO

Tal oí, pero nadie sabe de algún testigo.

CORIFEO

Mas, si queda una chispa de temor en su espíritu,
no podrá resistirse frente a esas maldiciones. 295

EDIPO

No asustan las palabras al que se atreve a obrar.

CORIFEO

Viendo llegar a Tiresias con un la-
zarillo y dos servidores de Edipo.

Pues hay quien le descubra, porque al divino augur
ya a tu presencia traen éstos; él es el único
de los hombres que en sí tiene verdad innata.

Aparecen por el lateral Tiresias y sus acompañantes.

EDIPO

Tú, Tiresias, que todo conoces, lo que es lícito 300
enseñar, lo vedado, lo celeste y terreno,
aunque no veas, sabes de qué grave dolencia
el país está enfermo, frente a la cual te hallamos
a ti, señor, como único que nos proteja y salve.
Febo —tal vez dijéronte ya algo mis mensajeros— 305
ante nuestra consulta contestó que teníamos
una sola manera de librarnos del mal,
averiguar bien quiénes a Layo asesinaron
y matarles o hacerles que de esta tierra salgan.
Tú, pues, no nos rehúses las voces de las aves 310
ni cualquier otro medio profético que tengas
y sálvate a ti mismo y a la ciudad y a mí
y aparta toda mancha que provenga del muerto.



Estamos en tus manos y es la empresa más noble
para un hombre el ser útil con lo que esté a su alcance. 315

TIRESIAS

¡Ay, tremendo es saber lo que uno no debiera!
Yo esto no lo ignoraba, mas de ello me olvidé,
pues, de no ser así, jamás venido habría.

EDIPO

¿Qué es, pues, lo que te ocurre? Llegas desanimado.

TIRESIAS

Déjame irme a mi casa; de esa manera, créeme, 320
tú llevarás tu suerte mejor y yo la mía.

EDIPO

No es correcto ni amable que deniegues tu oráculo
cuando lo pide aquella ciudad que te crió.

TIRESIAS

Mas veo que tampoco tú hablas como es debido,
y así, no vaya a ser que me ocurra lo propio... 325
Hace gesto de marcharse.

EDIPO

Tocándole el brazo.

No nos rechaces, no, por lo menos adrede,
a quienes, por los dioses, con súplicas venimos.

TIRESIAS

Ninguno sabéis nada; no quiero revelar
los males que son míos y con más razón tuyos.



EDIPO

¿Qué dices? ¿A explicar te niegas lo que sabes queriendo traicionar a la ciudad y perderla? 330

TIRESIAS

Yo no quiero afligirte ni triste yo ponerme: en vano me interrogas; nada sabrás por mí.

EDIPO

¿No vas a hablar al fin, el peor de los malos, capaz de aun a las piedras irritar? ¿Seguirás siendo tan insensible, tan poco comprensivo? 335

TIRESIAS

Mi pasión me reprochas y lo haces sin saber que otra pasión igual en tu espíritu habita.

EDIPO

¿Cómo no se airaría quien oye estas palabras con las que a la ciudad ahora estás despreciando? 340

TIRESIAS

Ello solo vendrá todo, aunque yo me calle.

EDIPO

Eso que va a venir lo tienes que mostrar.

TIRESIAS

Ya no voy a hablar más; ante ello, si tú quieres, puedes enfurecerte con la más feroz ira.

EDIPO

Pues bien, tengo tal cólera que no callaré nada de lo que pienso. Sabe que me está pareciendo que eres tú quien el crimen tramó y aun llevó a cabo, 345



aunque no con tus manos. Es más, si vieras, yo
diría que obra tuya, sólo tuya era el hecho.

TIRESIAS

¿Ah, sí? Pues a que cumplas la proclama que diste 350
te conjuro y así desde hoy en adelante
no nos vuelvas a hablar ni a éstos ni a mí tampoco,
porque eres el impío que el país contamina.

EDIPO

¿Cómo puedes creer que quedarás a salvo 355
después de las impúdicas palabras que me dices?

TIRESIAS

A salvo estoy, pues tengo la verdad, que es mi fuerza.

EDIPO

¿Y quién te la ha enseñado? No, supongo, tus artes.

TIRESIAS

Tú, puesto que me obligas a hablar mal de mi grado.

EDIPO

¿En qué forma? Repite, para que bien me entere.

TIRESIAS

¿No has entendido aún? ¿O quieres sonsacarme? 360

EDIPO

No de manera clara; vuélvemelo a explicar.

TIRESIAS

Digo que el asesino que buscas eres tú.



EDIPO

No sostendrás impune dos veces tal infamia.

TIRESIAS

¿Añado aun otra cosa para que más te irrites?

EDIPO

Todo lo que tú quieras; vanas son tus historias. 365

TIRESIAS

Aseguro que estás en vergonzosa unión
con seres muy queridos sin ver cuánto es tu oprobio.

EDIPO

¿Piensas así seguir hablando sin castigo?

TIRESIAS

Sí lo pienso, si algún poder la verdad tiene.

EDIPO

Lo tiene, mas no en ti; no sólo están tus ojos 370
ciegos, sino también tus oídos y tu alma.

TIRESIAS

¡Pobre de ti, que injurias con aquellos reproches
que éstos echarte en cara podrán todos muy pronto!

EDIPO

De la noche eres hijo, de modo que no puedes
hacerme mal a mí ni a nadie que el sol vea. 375

TIRESIAS

Porque no es tu destino que caigas a mis manos;
Apolo es suficiente, que se encargará de ello.





EDIPO

¿Esos infundios son tuyos o de Creonte?

TRESIAS

No es tu ruina Creonte, sino tú de ti mismo.

EDIPO

¡Ay, riqueza y poder y saber que aventaja 380
a los demás, qué celos se ocultan en la vida
envidiable que lleva quien os posee! Ahora
a causa del gobierno que la ciudad en mis manos
puso como un regalo, sin que yo lo pidiera,
Creonte, el fiel amigo de los primeros tiempos, 385
conspira abiertamente contra mí para echarme
y a este mago tramposo por delante me manda,
falsario y charlatán, que sólo tiene vista
para el lucro y en todo lo de su oficio es ciego.
Porque, vamos a ver, ¿qué aciertos has tenido? 390
¿Como, en tiempos del monstruo cantor, ninguna fórmula
salvadora pudiste dar a los ciudadanos?
Ahora bien, resolver no podía el enigma
quien primero llegara, mas sólo un adivino;
y entonces ya se vio que nada te inspiraban 395
las aves ni los dioses; tuve que venir yo,
Edipo, el ignorante, y acabar con la Esfinge
solo con mi talento, sin augurios ni nada.
Ése es al que tú quieres expulsar, porque piensas
que vas a estar al lado del trono de Creonte. 400
Pues bien os va a pesar a ti y a quien ha urdido
tal cosa; y, si no fueses un viejo nada más,
con la pena aprendieras qué grave es tu asechanza.

CORIFEO

Nos parece a nosotros, si opinar se nos deja,
que hay ira en las palabras de Edipo y en las de éste. 405



Porque todos temblamos al ver que se acobarda
quien es para nosotros timonel de este barco.

MENSAJERO

Llegando de Corinto.

¿Me podríais decir, extranjeros, en dónde
se encuentra la morada de Edipo, vuestro rey? 925
O, mejor todavía, decidme dónde está.

CORIFE0

Ésta es su casa y él se halla dentro, extranjero;
y la madre está aquí de los hijos de aquél.

MENSAJERO

Pues dichosa por siempre con dichosa familia
conviva, puesto que es su legítima esposa. 930

YOCASTA

Y tú también, amigo, pues lo merecen bien
tus amables palabras; mas di qué necesitas
o cuál es la noticia que a darnos has llegado.

MENSAJERO

Algo bueno, mujer, para tu esposo y casa.

YOCASTA

¿Cuáles son esas nuevas? ¿De parte de quién vienes? 935

MENSAJERO

De Corinto. Daré mi mensaje sin más;
te alegrará, de cierto, mas no sin pesadumbre.

YOCASTA

¿Qué es lo que de esa doble facultad está dotado?



MENSAJERO

Le van a hacer el rey de las ístmicas tierras
los nativos, según por allí se contaba. 940

YOCASTA

¿Por qué? ¿Es que el viejo Pólipo no está ya en el poder?

MENSAJERO

No, no; la muerte ya le tiene en el sepulcro.

YOCASTA

¿Cómo dices? ¿Ha muerto Pólipo?

MENSAJERO

Y, si no es cierto
lo que afirmo, dispuesto me ofrezco a que me maten.

YOCASTA

A una de las esclavas, que entra
acto seguido en el palacio.

¡Esclava, a toda prisa ve y cuéntaselo al amo! 945
¿Dónde estáis ahora ya, vaticinios divinos?
¡Éste es el hombre al cual Edipo ya hace tiempo
rehuía temiendo matarle, y hoy resulta
que de la suerte a manos ha muerto y no del otro!

EDIPO

Persona queridísima de mi mujer Yocasta,
¿por qué me haces salir aquí de mi palacio? 950

Saliendo.





YOCASTA

Escucha a este hombre y mira dónde quedan ahora aquellos venerables oráculos del dios.

EDIPO

Pero, en fin, ¿quién es éste? ¿Qué ha venido a decirnos?

YOCASTA

Llega desde Corinto para anunciar que Pólipo, 955
tu padre, ya no existe, sino que yace muerto.

EDIPO

¿Qué dices, extranjero? Repítelo tú mismo.

MENSAJERO

Si es esto lo primero que anunciar debo, sabe que desde luego a aquél se lo llevó la muerte.

EDIPO

¿Por alguna traición? ¿O ataque de algún morbo? 969

MENSAJERO

A los cuerpos ancianos los vence cualquier cosa.

EDIPO

Según parece, el pobre murió de enfermedad.

MENSAJERO

Y porque su medida daba ya un largo tiempo.

EDIPO

¡Ay, ay! ¿Por qué, mujer, se preocupará nadie 965
por el hogar profético de Pito o por los pájaros
que graznan en la altura? Según tales intérpretes
yo a mi padre tenía que matar, y él ha muerto



y yace bajo tierra y aquí estoy sin tocar
ningún arma; tal vez le abatió la nostalgia
y así de cierto modo murió por mano mía. 970
Pólipo, en fin, al Hades bajó y llevó consigo
todos esos augurios que valían tan poco.

YOCASTA

¿No te venía ya diciendo eso hace rato?

EDIPO

Sí, pero yo dejaba que el miedo me venciese.

YOCASTA

Pues bien, ya más en ello no vuelvas a pensar. 975

EDIPO

Mas ¿cómo no temer las bodas con mi madre?

YOCASTA

¿Qué miedo ha de sufrir un mortal gobernado
por la suerte y carente de previsiones claras?
Mejor es al azar vivir, como se pueda.
No te asusten tampoco las nupcias con tu madre; 980
son muchos los mortales que en sueños han dormido
con las suyas, y aquel a quien nada estas cosas
inquieten, más feliz pasará por el mundo.

EDIPO

Todo eso con muchísima razón lo habrías dicho
si la que me dio el ser no estuviera aún viva. 985
Y así, aunque digas bien, el temer es forzoso.

YOCASTA

Pero es un gran indicio la muerte de tu padre.



EDIPO

Grande, sí, pero siento miedo por vivir ella.

MENSAJERO

¿Cuál es esa mujer que intranquilo te tiene?

EDIPO

Mérope, con la cual Pólipo convivía. 990

MENSAJERO

¿Y qué cosa hay en ella que ese temor infunda?

EDIPO

Un terrible y divino vaticinio, extranjero.

MENSAJERO

¿Es secreto? ¿O puede otro saber de qué se trata?

EDIPO

Desde luego. A mí Loxias anuncióme una vez
que el unirme a mi madre me estaba destinado 995
y el verter con mis manos la sangre de mi padre.
Por eso es por lo que desde hace tiempo lejos
de Corinto vivía feliz, mas, sin embargo,
nada hay más deleitoso que ver a padre y madre.

MENSAJERO

¿Tal el recelo fue que lejos te mantuvo? 1000

EDIPO

Y el no llegar a ser, anciano, un parricida.

MENSAJERO

Pero entonces, señor, ¿por qué no liberarte,
en mi afecto hacia tí, de ese pavor que sientes?





EDIPO

De verdad que tendrías condigna recompensa.

MENSAJERO

De verdad que a eso vine, por recibir un premio 1005
de ti una vez que hubieras regresado a tu casa.

EDIPO

Pero no he de volver con mi madre jamás.

MENSAJERO

¡Ay, veo muy bien, hijo, que no sabes lo que haces!

EDIPO

¿Cómo dices, anciano? ¡Por los dioses, infórmame!

MENSAJERO

Si es ello lo que a casa te impide que regreses. 1010

EDIPO

Es que temo que Febo me resulte verídico.

MENSAJERO

¿Y contraer miasma con respecto a tus padres?

EDIPO

Eso, eso es lo que siempre me aterroriza, anciano.

MENSAJERO

Pues ¿sabes que no tienes razón para temer?

EDIPO

¿Y cómo no, si soy el hijo de uno y otra? 1015





MENSAJERO

Porque no es nada tuyo Pólipo en cuanto a estirpe.

EDIPO

¿Cómo dices? ¿Que Pólipo no fue quien me engendró?

MENSAJERO

No más que la persona que ahora hablando te está.

EDIPO

¿Cómo va a ser igual el padre que el extraño?

MENSAJERO

Porque él no lo era tuyo, como tampoco yo. 1020

EDIPO

Pero entonces, ¿por qué su hijo me llamó siempre?

MENSAJERO

Sabe que como obsequio te tomó de mis manos.

EDIPO

¿Y tanto me quería viniendo de otros yo?

MENSAJERO

A ello la falta de hijos propios le persuadía.

EDIPO

¿Y a ti cómo llegué, por compra o por hallazgo? 1025

MENSAJERO

Te encontré en los repliegues del Citerón boscoso.

EDIPO

¿Y con qué fin aquellos parajes recorrías?





MENSAJERO

De un rebaño en los montes yo a cargo me encontraba.

EDIPO

¿Eras, pues, un pastor, un vagabundo a sueldo?

MENSAJERO

Sí, pero entonces, hijo, fui yo quien te salvó. 1030

EDIPO

¿Tenía yo algún mal cuando tú me cogiste?

MENSAJERO

Las articulaciones de tus pies bien lo saben.

EDIPO

¡Ay, ay! ¿Por qué recuerdas esa antigua ignominia?

MENSAJERO

Te desaté; horadados tenías los talones.

EDIPO

¡Tremendo deshonor que sufrí ya en pañales! 1035

MENSAJERO

Por eso te pusieron el nombre que ahora llevas.

EDIPO

¿Quién, mi madre o mi padre? ¡Dímelo, por los dioses!

MENSAJERO

No sé; mejor lo puede decir quien te entregó.

EDIPO

¿Me recibiste entonces de otro? ¿No me encontraste?





MENSAJERO

No, sino que un pastor en mis manos te puso. 1040

EDIPO

¿Quién? ¿Sabría quizá revelarlo tu boca?

MENSAJERO

Decían, según creo, que era de los de Layo.

EDIPO

¿Acaso del que antaño reinó en este país?

MENSAJERO

En efecto; pastor era de ese que dices.

EDIPO

¿Y vive todavía para que yo le vea? 1045

MENSAJERO

Vosotros los de aquí podéis saberlo bien.

EDIPO

Al coro.

¿Alguno de vosotros, los que tengo a mi lado,
conoce a ese pastor del que habla por haberle
visto quizá en los campos o tal vez aquí mismo?
Decidlo; es ocasión de que esto se descubra. 1050

CORIFE0

Entiendo que no es otro que aquel que deseabas
que viniera del campo para verle; mas esto
Yocasta es quien mejor decírnoslo podría.





EDIPO

Mujer, ¿sabes si el hombre que hace poco queríamos que acudiese es el mismo del que ahora éste nos habla? 1055

YOCASTA

¿Qué importa de quién habla? No te preocupes ya ni a las cosas que dice des más vueltas en vano.

EDIPO

Pero ello no es posible, que yo, después de haber tenido estos indicios, mi familia no aclare.

YOCASTA

¡No remuevas más eso, por los dioses, si en algo te cuidas de tu vida! ¡Ya basta que yo sufra! 1060

EDIPO

Tranquilízate; tú jamás serás plebeya ni aunque resulte ser yo hijo y nieto de esclavos.

YOCASTA

¡Sin embargo, hazme caso, por favor, y no insistas!

EDIPO

No te haré ningún caso; lo sabré con certeza. 1065

YOCASTA

Porque te quiero bien te digo lo mejor.

EDIPO

Pues eso que es mejor me atormenta hace tiempo.

YOCASTA

¡Desdichado, ojalá jamás sepas quién eres!



EDIPO

¿Va a haber alguien que al fin me traiga aquí al pastor?
Dejad a ésta jactarse de su opulenta alcurnia. 1070

Se va uno de los seguidores a cumplir el encargo.

YOCASTA

¡Ay, ay, pobre de ti! ¡Que esto es lo único ya
que me oirás decir y jamás otra cosa!

Entra en el palacio con gesto abatido.

CORIFEO

¿Por qué así tu mujer, Edipo, transportada
por tremendo dolor ha salido? Me temo
que ese silencio males sin cuento haga brotar. 1075

EDIPO

¡Que brote lo que quiera! Yo no aspiro a otra cosa
que a conocer mi raza por humilde que sea.
A ella, en cambio, pues es, como mujer, altiva,
sin duda le abochorna mi modesto linaje.
Mas yo, pues a Fortuna próspera me entregué 1080
por hijo, en modo alguno me avergonzaré de ello.
Ella sola es mi madre; mis únicos hermanos
son los meses, que humilde me hicieron o potente.
Tal soy yo y no es posible que otra cosa resulte;
no hay ninguna razón para ignorar mi origen. 1085

CORO

*Si yo profeta resulto,
si mi mente no yerra,
no faltarán, Citerón, en la luna llena
de mañana las voces 1090
que te canten como madre y nodriza y paisano también*

de Edipo y vendrán los coros
de esta ciudad a celebrarte porque con gratos servicios
honras a mis reyes. 1095
Y que a ti, Febo, complazca mi agudo grito.

¿Quién fue, niño, quién tu madre?
¿Una longeva ninfa
a la cual abrazó el padre Pan de los montes 1100
o que el lecho de Loxias
compartiera? Pues a él las llanuras silvestres le agradan.
O tal vez al soberano
de Cilene o quizá a Baco, el dios que habita en las cimas
[rocosas,
te ofreciera alguna 1106
de las ninfas Helicónides con que retoza.

Llegan dos seguidores conduciendo al viejo siervo.

EDIPO

Por cuanto juzgar puede quien como yo jamás 1110
le encontré, creo, ancianos, contemplar al pastor
que hace tiempo buscábamos; pues con la del otro hombre
su mucha edad está de acuerdo y reconozco
además en aquellos que le traen a esclavos
míos; pero tal vez tú me aventajarías 1115
en cuanto a conocerle, pues antaño le viste.

CORIFEYO

Sí, le conozco, sábelo bien; con Layo habitaba,
fiel como nadie en cuanto puede serlo un pastor.

EDIPO

Ante todo, extranjero corintio, a ti pregunto:
¿es de éste de quien hablas? 1120

MENSAJERO

Con prontitud oficiosa como en
toda la escena.

De ese mismo al que ves.

EDIPO

¡Eh, tú, viejo, a la cara mírame y respondiendo
ve a mi interrogatorio! ¿Fuiste en tiempos de Layo?

SIERVO

Contestando siempre de mala
gana.

Fui siervo no comprado, sino criado en casa.

EDIPO

¿Cuál fue tu ocupación o tu modo de vida?

SIERVO

Estaba casi siempre cuidando los rebaños. 1125

EDIPO

¿Y en qué lugar solías apacentarlos más?

SIERVO

En torno al Citerón o en parajes vecinos.

EDIPO

¿Reconoces a este hombre? ¿Le viste alguna vez?

SIERVO

¿Haciendo qué? ¿Quién es la persona de que hablas?



EDIPO

El que está ahí. ¿Quizá le encontraste algún día? 1130

SIERVO

No puede contestar mi memoria de pronto.

MENSAJERO

No te choque, señor; yo le haré recordar
por más que no se acuerde. Sé que no habrá olvidado
los tiempos en que andábamos por el Citerón juntos,
llevando él dos rebaños y yo con uno solo, 1135
y así vivimos ambos durante tres períodos
de seis meses enteros desde la primavera
hasta Arturo; pues luego, ya en invierno, las reses
yo a mi aprisco llevábame y él al redil de Layo.
¿Ocurrió o no ocurrió lo que contando estoy? 1140

SIERVO

Es verdad lo que dices, aunque hace mucho tiempo.

MENSAJERO

Pues bien, ¿tú no te acuerdas de que una vez me diste
un niño para criarlo como si fuera mío?

SIERVO

¿Qué es eso? ¿Para qué vienes con ese cuento?

MENSAJERO

Aquí está, buen amigo, quien era niño entonces. 1145



SIERVO

Acercándose a él amenazadoramente y siendo contenido por los seguidores de Edipo.

¡Vete ya enhorabuena! ¿No te estarás callado?

EDIPO

No le reprendas, viejo; son más bien tus palabras las que son reprehensibles y no las que él profiere.

SIERVO

Pero ¿qué me reprochas, oh, el mejor de los dueños?

EDIPO

Que calles sobre el niño por el que ése pregunta. 1150

SIERVO

Es que, sin saber nada, se está esforzando en vano.

EDIPO

Haciendo señas a uno de los suyos.

Si no hablas por las buenas, lo harás llorando al fin.

SIERVO

¡No, por los dioses, no, no maltrates a un viejo!

EDIPO

A su seguidor, que, después de acercarse con una cuerda en la mano, duda y se vuelve al ver que habla el anciano.

¿Quién va a atarle las manos a la espalda en seguida?

SIERVO

¡Pobre de mí! ¿Por qué? ¿Qué es lo que saber
[quieres? 1155

EDIPO

¿Entregaste a éste el niño que ahora nos indicaba?

SIERVO

Se lo di y ojalá yo aquel día muriera.

EDIPO

Pues a ello llegarás si no eres razonable.

SIERVO

Pero aún más perdido si hablo me encontraré.

EDIPO

Parece que el amigo se pierde en dilaciones. 1160

SIERVO

No, por cierto, ya he dicho que se lo entregué un día.

EDIPO

¿De dónde lo cogiste? ¿De casa o de otra parte?

SIERVO

No era mío, que de otras manos lo recibí.



EDIPO

¿De qué casa o de qué ciudadano te vino?

SIERVO

No, señor, por los dioses, no me interrogues más. 1165

EDIPO

Muerto estás si otra vez tengo que preguntarte.

SIERVO

Era una criatura de la casa de Layo.

EDIPO

¿Esclavo o tal vez hijo legítimo de alguno?

SIERVO

Estoy, ¡ay de mí!, ante algo terrible de decir.

EDIPO

Y de oír para mí, mas tengo que escucharlo. 1170

SIERVO

Pasaba por ser hijo de aquél, pero tu esposa,
que está dentro, muy bien te lo podrá explicar.

EDIPO

¿Fue ella quien te dio el niño?

SIERVO

Ciertamente, señor.

EDIPO

¿Para qué?





SIERVO

Con idea de que le diera muerte.

EDIPO

¿Ella misma, infeliz?

1175

SIERVO

Por temor a un oráculo.

EDIPO

¿Cuál?

SIERVO

Se decía que él mataría a sus padres.

EDIPO

Pero ¿cómo es que tú se lo diste a ese viejo?

SIERVO

Por compasión, señor; pensé que iba a llevárselo consigo hasta la tierra de donde él procedía; y con él te salvaste, pero para un gran mal, pues, si eres el que dice, tu sino es desdichado.

1180

EDIPO

¡Ay, ay! Todo está claro ya. ¡Véate yo ahora, luz, por última vez, pues resulto nacido de quienes no debí y he vivido con quienes no debí y maté a aquel que no debí matar!

1185

Entra desesperado en el palacio. Se van todos.

CORO

¡Ay, las generaciones humanas, que en vuestra vida no hallo sino la nada!

103



*¿Quién, quién es el mortal
que consigue mayor dicha
que el parecer ser feliz
y declinar después?* 1190

*Teniendo como un ejemplo
tu destino, infortunado
Edipo, a mortal ninguno
tengo por dichoso.* 1195

*Apuntó demasiado
alto, alcanzaron sus flechas
una total fortuna,*

*¡oh, Zeus!, y destruyó
a la cantora de garras
encorvadas, siendo para
mi ciudad un baluarte.* 1200

*Por eso te proclamaron
soberano y gran honor
conseguiste siendo rey
de las grandes Tebas.*

*¿Y a quién más infeliz hoy juzgaremos?
¿Quién más tremendos trabajos sufre
con un tal cambio de suerte?* 1205

*¡Gran puerto el que pudo albergar,
Edipo, ilustre persona, al padre
y al hijo para que cayeran en él!* 1210

*¿Cómo pudieron los surcos
paternos soportar tantos
años callados tu atroz simiente?*

*El tiempo te encontró, que lo ve todo,
y ha condenado tus tristes nupcias
en que el hijo es también padre.* 1215

*¡Ay, hijo de Layo! ¡Si nunca
te hubiera visto! Pues ahora lloro
terriblemente con agudos lamentos*

*de mi boca; y, sin embargo,
gracias a ti pude un día
vivir tranquilo y cerrar mis ojos.* 1220

MENSAJERO DEL PALACIO

Saliendo del mismo.

¡Qué cosas vais a oír, qué cosas vais a ver
quienes gozáis aquí de las mayores honras,
qué duelo será el vuestro si, por lazos de sangre, 1225
os preocupáis aún de la casa de Lábdaco!
Pues creo que ni el Istro ni el Fasis bastarían
a lavar con sus cauces este palacio, tantas
son las lacras ocultas que pronto han de mostrarse;
males no involuntarios, y no hay penas más tristes 1230
que aquellas que uno sufre por su propio designio.

CORIFEO

Ya lo que antes sabíamos no dejaba de ser
muy digno de lamentos; ¿qué es lo que ahora añades?

MENSAJERO DEL PALACIO

La más breve noticia para dar y escuchar,
ha muerto la divina persona de Yocasta. 1235

CORIFEO

¿Cuál, desgraciada, fue la causa de su muerte?



MENSAJERO DEL PALACIO

Murió por propia mano. Falta lo más penoso
del suceso, pues no es posible contemplarla;
pero conocerás, en el grado a que llegue
mi memoria, los tristes sufrimientos de aquélla. 1240
Una vez que el umbral traspasara irritada,
al tálamo nupcial dirigióse en seguida
arrancándose el pelo con una y otra mano;
cerró violentamente detrás de sí las puertas
y a Layo, muerto hacía tantos años, llamaba, 1245
recordando la antigua simiente ante la cual
aquél murió dejando que su esposa a los propios
hijos de ella una raza monstruosa ofreciese;
y al lecho, en que la doble generación nació
del hijo que fue esposo y engendró prole nueva.
Y después de esto ya no sé cuál fue su muerte,
pues Edipo irrumpió gritando y desde entonces
no nos era posible ver los males de aquélla,
porque sólo mirábamos sus idas y venidas.
Acudía a pedirnos armas y preguntaba 1250
que dónde se encontraba su mal llamada esposa,
el campo del que él mismo brotó y su descendencia.
Y sin duda en su furia le asistía algún dios,
pues, aunque nadie dijo nada de los que estábamos,
con grandes alaridos, como si alguien le hubiese 1260
guiado, se lanzó contra la doble puerta;
saltaron los cerrojos y penetró en la cámara.
Allí estaba ahorcada la esposa, con el cuello
rodeado por el nudo de una trenzada cuerda;
y él, ante la visión, con horrendos mugidos 1265
el dogal desató; yació en tierra la pobre
y terrible fue luego la escena que siguió.
En efecto, arrancó de su cuerpo las fíbulas
áureas que el vestido de la muerta abrochaban,
las levantó y pegó con ellas en las órbitas 1270



de sus ojos diciendo que así ya en lo futuro
no vería sus males ni los por él causados
ni a aquellos que jamás debería haber visto
ni a los que en su presencia podrían serle amables.
Y, con tal estribillo, seguía muchas veces, 1275
no una sola, golpeando sus párpados; la sangre
manaba de sus ojos y su barba teñía,
mas no como un rocío de gotas encarnadas,
sino flujo negruzco de sangrientos coágulos.
Ahí tienes la desgracia que no surgió de él solo, 1280
mas fue la obra común del hombre y la mujer.
La felicidad de antes con razón pudo así
ser llamada; pero hoy sollozos, infortunios,
muerte, vergüenza, no hay calamidad ninguna
de cuantas tienen nombre que no se encuentre aquí. 1285

CORIFEO

¿Y no halla el desgraciado consuelo en la congoja?

MENSAJERO DEL PALACIO

Grita y pide que se abran las puertas y le enseñen
a todos los Cadmeos, el parricida, el que
con su madre... impiedades, cosas que no repito;
que se va a desterrar él mismo del país, 1290
pues a hacerlo le obliga su propia maldición.
Mas necesita ayuda y alguien debe guiarle,
porque es su enfermedad de soportar muy dura.
Él mismo va a mostrarlo: noto que se descorren
los cerrojos y pronto vas a contemplar algo 1295
que inspira compasión incluso al enemigo.
Se va. Sale del palacio Edipo con la cara y ropa ensangrentadas
y andando a tientas.



CORIFE0

¡Sufrimiento espantoso, espectáculo horrendo,
la desdicha peor que jamás contemplé!
¿Qué locura a invadirte el espíritu vino,
desgraciado de ti? ¿Quién ha sido este numen 1300
poderoso que el sino tristísimo tuyo
en un salto fatal destrozó?
¡Desdichado, ay, ay, ay! Ni mirarte ya puedo,
aunque aún preguntarte quisiera mil cosas,
inquirirte otras muchas, mirar más y más, 1305
pero cáusame inmenso pavor.

EDIPO

¡Ay, ay, ay, desgraciado de mí! ¿Dónde me hallo?
¿En qué punto del mundo diré que me encuentro?
¿Por dónde se esparce mi voz y se esfuma? 1310
¿Dónde mi hado volando se fue?

CORIFE0

Es gran pena que nadie soporta el ver ni oír.

EDIPO

¡Ay, tiniebla!
¡Odiosa nube en que vivo, que me rodea, indecible
nube que me envuelve, nube sin límites! 1315

¡Ay, ay!
¡Ay una y otra vez! ¡Cómo en mí el aguijón
punzante se insinúa, la memoria del mal!

CORIFE0

No es raro ciertamente que en tales desventuras
sean dobles tus penas, dobles tus infortunios. 1320



EDIPO

*¡Ay, amigo!
Tú solo me quedas ya junto a mí, pues todavía
te avienes a ser quien cuide al ciego.*

¡Ay, ay!

Porque no te me ocultas, mas te conozco bien, 1325
aun no viendo; el sonido de tu voz llega a mí.

CORIFEO

¡Tremendo fue tu sino! ¿Cómo el valor tuviste
de sacarte los ojos? ¿Qué dios a ello te indujo?

EDIPO

*El dios fue Apolo, sí, Apolo, amigos.
Él mis males, mis males produjo, las penas mías. 1330
Mas no con su propia mano;
yo, infeliz, me herí.*

*Pues ¿a qué ver más 1335
si no quedaba nada dulce que contemplar?*

CORO

Es así como tú dices.

EDIPO

*¿Qué podía yo ya
ver con satisfacción?
¿Qué voces iban a serme gratas?
Llevadme desde aquí cuanto antes, llevadme, 1340
conducidme, amigos, al gran deshonor,
al hombre más maldito,
más aborrecido por los propios dioses. 1345*



CORIFEO

¡Infortunado tú por tu mente y tus hados,
cómo quisiera yo no haberte conocido!

EDIPO

*¡Perezca aquel que me recogió
entre los verdes pastos y me libró de mis trabas* 1350
*y me salvó de la muerte
bien enhoramala!*

*Pues, si hubiera muerto,
tal dolor no sería para mí y mis amigos.* 1355

CORO

Yo también lo preferiera.

EDIPO

*Matador de mi padre
no habría sido entonces
ni esposo de la que me dio el ser.*

Ahora me odian los dioses, soy hijo de impíos, 1360
engendré una prole que es mi consanguínea.

¡Si hay un mal que supere 1365
a otro en gravedad, a Edipo tócole!

CORIFEO

No sé cómo decir que has decidido bien,
pues mejor muerto estabas que viviendo sin vista.

EDIPO

No me aleccionas más ni vengas a contarme
que en lo que hice no tuve razón, pues yo no sé 1370
con qué ojos en el Hades podría haber mirado
a mi padre, si allí le encontraba, y tampoco
a mi madre infeliz, porque les causé males
para purgar los cuales la horca no es suficiente.





¿O tal vez la visión deseable sería 1375
de mis hijos, nacidos como nacieron? No,
por lo menos mis ojos no les verán jamás,
ni la ciudad, sus torres, las sagradas imágenes
divinas; de estas cosas yo, el más honrosamente
nacido en Tebas, fui quien me privé a mí mismo, 1380
pobre de mí, diciendo que todos rechazaran
al sacrílego, a aquel impuro ante los dioses
que además resultó descendiente de Layo.
¿Y yo, que denuncié mi propia mancha así, 1385
a éstos iba a poder contemplar cara a cara?
De ninguna manera. Y es más, si hubiera modo
de obturar los oídos para que no escuchasen,
no me abstuviera yo de cerrar este cuerpo
con ceguera y sordera totales; pues es dulce
que el alma habite lejos y libre de sus penas. 1390
¡Ay, Citerón! ¿Por qué me recibiste? ¿Cómo
no me mataste al punto para que no mostrara
a los hombres jamás cuál era mi linaje?
¡Oh, Pólipo y Corinto, supuesto hogar paterno
de otros tiempos, criaba vuestro seno una joya 1395
que ahora minada vemos por purulenta llaga,
pues resulto ser malo que de malos nació!
¡Oh, triple encrucijada, valle oculto, espesura
en que los tres caminos se estrechaban, vosotros
que bebisteis la sangre de mi padre vertida 1400
por estas manos mías! ¿Recordáis aquel crimen?
¿Sabéis que luego aquí vine y que en Tebas otros
iguales cometí? ¡Bodas, bodas! Primero
me engendrasteis; después, tras haberme traído
al mundo, el mismo semen emitisteis y así 1405
la sangre familiar mezclabais de los padres,
los hijos, los hermanos, mujeres, madres, novias,
todo lo más nefando que hayan visto los hombres.
Pero, pues no es decente tampoco de ello hablar,



cuanto antes, por los dioses, ocultadme en algún 1410
lugar que esté remoto, matadme, al mar lanzadme,
adonde ya jamás me veáis en la vida.
Vamos, tocar dignaos a este infeliz; creedme,
no hay razón de asustarse; tal es mi desventura
que no hay otro mortal capaz de soportarla. 1415

CORIFEO

Viendo acercarse por el lateral a
Creonte.

Oportuno aquí acude, para lo que tú pides,
Creonte, que será después de ti el guardián
único en la ciudad para el mando y consejo.

EDIPO

¡Ay de mí! ¿Qué palabras podremos dirigirle?
¿Qué motivos tendrá para confiar en mí? 1420
Pues mal resultado haberme portado antes con él.

CREONTE

Llegando.

Edipo, en son de burla no he venido ni quiero
echarte en cara nada de tus inconveniencias.
Mas, aunque no sintáis pudor ante la estirpe
de los hombres, respeto mostrad ante la llama 1425
del soberano Sol, que lo alimenta todo;
y que así un tal engendro no se exhiba, al que el día
aborrece y la tierra con las lluvias sagradas.
A su casa en seguida llevadle; que tan sólo
a los de la familia les es lícito ver 1430
y oír piadosamente los domésticos males.



EDIPO

Pues mi temor disipas viniendo a este malvado
tú, el mejor de los hombres, hazme un solo favor:
no pido para mí, sino para ti mismo.

CREONTE

¿Cuál es la petición que tanto te interesa? 1435

EDIPO

Arrójame cuanto antes de esta tierra, a un paraje
en que no tenga quien conmigo venga a hablar.

CREONTE

Hecho estaría ya, sábelo bien, si no
quisiera antes oír lo que el dios aconseja.

EDIPO

¡Pero si estaba clara la sentencia de aquél,
muerte para el impuro, para este parricida! 1440

CREONTE

Tal dijo; pero en esta situación en que estamos,
es mejor enterarse bien de lo que hay que hacer.

EDIPO

¿Sobre este infortunado vas a consultar más?

CREONTE

Así al menos ahora darás crédito al dios. 1445

EDIPO

Una segunda cosa te pido: a la de casa
entiérrala del modo que quieras, pues a ti
te incumbe con razón cuidarte de los tuyos.
Pero a mí que jamás, mientras viva, me sea





permitido habitar esta mi ciudad patria; 1450
 sino en los montes déjame que more, donde está
 ese mi Citerón que mi madre y mi padre
 me dieron aún en vida como sepulcro propio;
 así moriré a manos de los que me mataban.
 Mas yo sé que no había ningún mal que pudiera 1455
 matarme, enfermedad ni cosa alguna; porque,
 si me salvé, sería para esta infausta suerte.
 En fin, vaya mi sino por donde marchar quiera;
 preocupación no tengas, Creonte, de mis hijos
 varones que, por serlo, carencia no tendrán 1460
 de nada donde estén mientras dure su vida.
 Mas de mis pobres hijas doncellas, desdichadas,
 sin las cuales jamás se le puso la mesa
 al que os habla y que siempre participar pudieron
 de los mismos manjares de que gustara yo, 1465
 cuídate de ellas; déjame, sobre todo, tocarlas
 con mis manos, llorar mis cuitas a su lado.
 ¡Por favor,
 señor, noble pariente! Si palparlas pudiera,
 creería tenerlas como cuando veía. 1470

Llegan Antígona e Ismene, conducidas por una esclava, como si hubieran salido de los aposentos de las mujeres por una puerta lateral del palacio.

Pero ¿qué?
 ¿No escucho, por los dioses, a mis hijas que lloran?
 ¿No será que Creonte se ha apiadado de mí y me envía a
 lo más querido de mi prole?
 ¿Es verdad? 1475

CREONTE

Sí por cierto; yo soy quien te lo ha deparado porque sabía el gozo con que soñando estabas.



EDIPO

Dichoso seas, pues, y la divinidad
de tu vida así cuide mejor que de la mía.
¿Dónde, dónde estáis, hijas? ¡Venid acá, venid 1480
hacia estas manos mías fraternales, culpables
de que así contempléis los ojos luminosos
del padre que os dio el ser y el cual, sin saber nada
del caso, resultó marido que sembrando
en los surcos estaba donde había nacido! 1485

Las abraza y mantiene junto a sí.

Yo por vosotras lloro, pues miraros no puedo,
pensando en lo que os queda de una existencia amarga
y en cómo os tratarán los hombres en la vida.
Porque ¿a qué reunión de la ciudad o fiesta 1490
podréis ir de que no tengáis que regresar
llorando a vuestra casa sin ver lo que queríais?
Y, cuando os llegue el tiempo de casaros, ¿habrá,
hijas, quien a cargar con el baldón se arroje
que pesadumbre fue de mis padres y mía 1495
y lo será también para vosotras dos?
¿Cuál de los males falta? Vuestro padre a su padre
mató; labró después el campo maternal
de que él mismo naciera y a vosotras os tuvo
de la propia persona que le había parido.
Tal os reprocharán. ¿Quién va, pues, a tomaros? 1500
No habrá nadie, hijas mías, sino que, desde luego,
llevaréis una vida de soltería estéril.

A Creonte.

Hijo de Meneceo, ya que tú eres el único
padre con que ellas cuentan, pues morimos los dos
que les dimos el ser, no toleres que errando 1505
anden las de tu sangre solteras, sin esposos;
no equipares sus males a los que yo he sufrido.
Compadécete de ellas, mira que son muy niñas

y que a nadie ya tienen salvo en lo que te atañe.
Accede, noble amigo, tócame con tu mano. 1510

Se estrechan las manos.

Y a vosotras, mis hijas, si tuvierais edad
de razón, mis consejos os daría; pedid
que, allí donde el destino permita que viváis,
llevéis una existencia mejor que vuestro padre.

CREONTE
Basta, basta de lamentos; métete en la casa ya. 1515

EDIPO
Obedezco, aunque me cuesta.

CREONTE
Todo tiene su ocasión.

EDIPO
¿Sabes con qué condiciones?

CREONTE
Si las dices, lo sabré.

EDIPO
Que me alejes de esta tierra.

CREONTE
Lo que pides es del dios.

EDIPO
Mas los dioses me aborrecen.

CREONTE
Pues entonces lo obtendrás.



EDIPO
¿De verdad?

CREONTE
No es mi costumbre lo que no siento decir.

EDIPO
Llévame, pues, en seguida. 1521

CREONTE
Ve y deja a tus hijas ya.

EDIPO
¡No me apartes de ellas nunca!

CREONTE
Siempre no quieras vencer, pues los triunfos de tu vida no lo fueron al final.

Las niñas y la esclava se van por donde vinieron; Creonte se marcha por el lateral; un servidor conduce a Edipo al interior del palacio.

CORIFEO
Éste es Edipo, miradle los que en Tebas habitáis; descifró el famoso enigma y era un hombre excepcional; 1525 nadie en la ciudad dejaba de envidiar su condición; ved en qué mar de miserias ha venido hoy a caer. Nadie a un mortal considere feliz antes de saber qué ocurre el último día de su vida, mientras no llegue al fin de su existencia sin sufrir ningún dolor. 1530









www.planetadelibros.com

www.austraeditorial.com









